




Arthur Conan Doyle



La Casa
Deshabitada



LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CASA DESHABITADA

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1903
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Return of Sherlock Holmes (1903) disponible en Project Gutenberg.

Fue en la primavera del año 1894 cuando todo Londres se interesó, y todo el mundo elegante se consternó, por el asesinato del honorable Ronald Adair en circunstancias muy inusuales e inexplicables. El público ya ha conocido los detalles del crimen que salieron a la luz en la investigación policial, pero en aquella ocasión se suprimieron muchas cosas, ya que los argumentos a favor de la acusación eran tan contundentes que no era necesario exponer todos los hechos. Sólo ahora, al cabo de casi diez años, se me permite aportar los eslabones que faltan y que conforman la totalidad de esa notable cadena. El crimen fue interesante en sí mismo, pero ese interés no fue nada comparado con la inconcebible secuela, que me proporcionó la mayor conmoción y sorpresa de todos los acontecimientos de mi vida aventurera. Incluso ahora, después de este largo período de tiempo, me emociono al pensar en ello, y vuelvo a sentir ese repentino torrente de alegría, asombro e incredulidad que sumergió por completo mi mente. Permítanme decir a ese público, que ha mostrado cierto interés por los atisbos que ocasionalmente les he dado de los pensamientos y acciones de un hombre muy notable, que no deben culparme si no he compartido mis conocimientos con ellos, pues habría considerado que era mi primer deber hacerlo, si no me lo hubiera impedido una prohibición expresa de sus propios labios, que sólo se retiró el día 3 del mes pasado.

Puede imaginarse que mi estrecha relación con Sherlock Holmes me había despertado un profundo interés por el crimen, y que después de su desaparición no dejé de leer con atención los diversos problemas que se presentaban al público. E incluso intenté, más de una vez, para mi propia satisfacción, emplear sus métodos en su resolución, aunque con un éxito indiferente. Sin embargo, no hubo ninguno que me atrajera tanto como esta tragedia de Ronald Adair. Al leer las pruebas de la investigación, que condujeron a un veredicto de asesinato intencionado contra alguna persona o personas desconocidas, me di cuenta más claramente que nunca de la pérdida que había sufrido la comunidad con la muerte de Sherlock Holmes. Había puntos en este extraño asunto que, estaba seguro, le habrían atraído especialmente, y los esfuerzos de la policía se habrían visto complementados, o más probablemente anticipados, por la observación entrenada y la mente alerta del primer agente criminal de Europa. Durante todo el día, mientras hacía mi ronda, le di vueltas al caso y no encontré ninguna explicación que me pareciera adecuada. A riesgo de contar una historia dos veces, recapitu-

laré los hechos tal y como los conoció el público al concluir la investigación.

El honorable Ronald Adair era el segundo hijo del conde de Maynooth, a la sazón gobernador de una de las colonias australianas. La madre de Adair había regresado de Australia para someterse a la operación de cataratas, y ella, su hijo Ronald y su hija Hilda vivían juntos en el 427 de Park Lane. El joven se movía en la mejor sociedad; no tenía, por lo que se sabía, enemigos ni vicios particulares. Había estado comprometido con la señorita Edith Woodley, de Carstairs, pero el compromiso se había roto de mutuo acuerdo unos meses antes, y no había indicios de que hubiera dejado ningún sentimiento muy profundo tras de sí. Por lo demás, la vida de este hombre se movía en un círculo estrecho y convencional, pues sus hábitos eran tranquilos y su naturaleza poco emotiva. Sin embargo, la muerte le llegó a este joven aristócrata despreocupado, de la forma más extraña e inesperada, entre las diez y las once y veinte de la noche del 30 de marzo de 1894.

Ronald Adair era aficionado a los naipes; jugaba continuamente, pero nunca con apuestas que pudieran perjudicarlo. Era miembro de los clubes de cartas Baldwin, Cavendish y Bagatelle. Se demostró que, después de la cena del día de su muerte, había jugado una partida del juego de naipes Whist en este último club. También había jugado allí por la tarde. Los testimonios de quienes habían jugado con él -el Sr. Murray, Sir John Hardy y el Coronel Moran- demostraron que el juego era de Whist, y que había una caída bastante equitativa de las cartas. Adair podría haber perdido cinco libras, pero no más. Su fortuna era considerable, y una pérdida así no podía afectarle en absoluto. Había jugado casi todos los días en uno u otro club, pero era un jugador precavido, y normalmente salía ganador. Se ha demostrado que, en asociación con el coronel Moran, había ganado hasta cuatrocientas veinte libras en una sesión, algunas semanas antes, de Godfrey Milner y Lord Balmoral. Hasta aquí su historia reciente, tal y como se desprende de la investigación.

La noche del crimen, regresó del club exactamente a las diez. Su madre y su hermana habían salido a pasar la noche con un pariente. La sirvienta declaró que le oyó entrar en la habitación delantera del segundo piso, generalmente utilizada como sala de estar. Había encendido el fuego y, mientras humeaba, había abierto la ventana. No se oyó ningún ruido en la habitación hasta las once y veinte, hora del regreso de Lady Maynooth y su hija.

Deseando dar las buenas noches, intentó entrar en la habitación de su hijo. La puerta estaba cerrada por dentro, y no pudo obtener respuesta a sus gritos y golpes. Se pidió ayuda y se forzó la puerta. El desafortunado joven fue encontrado tendido cerca de la mesa. Tenía la cabeza horriblemente mutilada por una bala de revólver que se expandía, pero no se encontró ningún tipo de arma en la habitación. Sobre la mesa había dos billetes de diez libras cada uno y diecisiete libras diez en plata y oro, el dinero dispuesto en pequeños montones de diversa cuantía. También había algunas cifras en una hoja de papel, con los nombres de algunos amigos del club al lado, por lo que se conjeturó que antes de su muerte estaba tratando de calcular sus pérdidas o ganancias en las cartas.

Un examen minucioso de las circunstancias sólo sirvió para hacer más complejo el caso. En primer lugar, no se podía dar ninguna razón para que el joven hubiera cerrado la puerta por dentro. Cabía la posibilidad de que el asesino lo hubiera hecho y hubiera escapado después por la ventana. Sin embargo, la caída era de al menos seis metros, y debajo había un lecho de azafranes en plena floración. Ni las flores ni la tierra mostraban signos de haber sido perturbadas, ni había marcas en la estrecha franja de césped que separaba la casa de la carretera. Por lo tanto, parece que fue el propio joven quien cerró la puerta. Pero, ¿cómo llegó a su muerte? Nadie podría haber subido a la ventana sin dejar huellas. Suponiendo que un hombre hubiera disparado a través de la ventana, sería ciertamente un tirador extraordinario que pudiera infligir con un revólver una herida tan mortal. Además, Park Lane es una calle muy frecuentada; hay una parada de taxis a menos de cien metros de la casa. Nadie había oído un disparo. Y, sin embargo, allí estaba el hombre muerto y allí la bala del revólver, que había salido disparada, como lo hacen las balas de punta blanda, y que había provocado una herida que debió causar la muerte instantánea. Tales fueron las circunstancias del Misterio de Park Lane, que se complicaron aún más por la ausencia total de motivos, ya que, como he dicho, no se sabía que el joven Adair tuviera ningún enemigo, y no se había intentado sacar el dinero ni los objetos de valor de la habitación.

Durante todo el día di vueltas a estos hechos en mi mente, tratando de dar con alguna teoría que pudiera conciliarlos todos, y de encontrar esa línea de menor resistencia que mi pobre amigo había declarado que era el punto de partida de toda investigación. Confieso que hice pocos progresos. Al ano-

chequer crucé el parque y me encontré a eso de las seis de la tarde en el extremo de Oxford Street de Park Lane. Un grupo de vagabundos en las aceras, todos mirando a una ventana en particular, me dirigió a la casa que había venido a ver. Un hombre alto y delgado, con gafas de colores, del que sospeché que era un detective de paisano, estaba señalando alguna teoría suya, mientras los demás se agolpaban para escuchar lo que decía. Me acerqué a él todo lo que pude, pero sus observaciones me parecieron absurdas, así que me retiré de nuevo con cierto disgusto. Al hacerlo, golpeé a un hombre anciano y deforme, que estaba detrás de mí, y derribé varios libros que llevaba. Recuerdo que, al recogerlos, observé el título de uno de ellos, El origen del culto a los árboles, y me pareció que aquel tipo debía de ser un pobre bibliófilo que, por oficio o por afición, era coleccionista de oscuros volúmenes. Intenté disculparme por el accidente, pero era evidente que esos libros que yo había estropeado tan desafortunadamente eran objetos muy preciados a los ojos de su propietario. Con un gruñido de desprecio se volvió sobre sus talones, y vi su espalda curvada y sus blancos bigotes desaparecer entre la multitud.

Mis observaciones sobre el número 427 de Park Lane no sirvieron para aclarar el problema que me interesaba. La casa estaba separada de la calle por un muro bajo y una barandilla, el conjunto no tenía más de metro y medio de altura. Por lo tanto, era perfectamente fácil para cualquiera entrar en el jardín, pero la ventana era totalmente inaccesible, ya que no había ninguna pipa de agua ni nada que pudiera ayudar al hombre más activo a escalarla. Más desconcertado que nunca, volví sobre mis pasos hasta Kensington. No llevaba ni cinco minutos en mi estudio cuando la criada entró diciendo que una persona deseaba verme. Para mi asombro, no era otro que mi viejo y extraño coleccionista de libros, con su rostro afilado y enjuto asomando entre un marco de pelo blanco, y sus preciosos volúmenes, una docena de ellos por lo menos, encajados bajo su brazo derecho.

"Le sorprende verme, señor", dijo con una voz extraña y graznante.

Reconocí que lo estaba.

"Bueno, tengo conciencia, señor, y cuando por casualidad le vi entrar en esta casa, al venir cojeando tras usted, pensé que pasaría a ver a ese amable caballero, y le diría que si fui un poco brusco en mis modales no fue con

mala intención, y que le estoy muy agradecido por haber recogido mis libros."

"Le das demasiada importancia a una nimiedad", dije. "¿Puedo preguntar cómo supiste quién era yo?"

"Bueno, señor, si no es una gran libertad, soy un vecino suyo, ya que encontrará mi pequeña librería en la esquina de Church Street, y muy contento de verle, estoy seguro. Quizás pueda coleccionar usted mismo, señor. Aquí hay Pájaros Británicos, y Catullus, y La Guerra Santa-una ganga, cada uno de ellos. Con cinco volúmenes podría llenar ese hueco en el segundo estante. Parece desordenado, ¿no es así, señor?"

Moví la cabeza para mirar el armario que tenía detrás. Cuando me volví, Sherlock Holmes estaba de pie, sonriéndome, al otro lado de la mesa de mi estudio. Me puse en pie, le miré durante unos segundos con total asombro, y luego parece que debí de desmayarme por primera y última vez en mi vida. Ciertamente, una niebla gris se arremolinó ante mis ojos y, cuando se despejó, me encontré con los cuellos de las camisas desabrochados y con un regusto a brandy en los labios. Holmes estaba inclinado sobre mi silla, con su petaca en la mano.

"Mi querido Watson -dijo la recordada voz-, le debo mil disculpas. No tenía ni idea de que estuvieras tan afectado".

Le agarré por los brazos.

"¡Holmes!" grité. "¿Es realmente usted? ¿Es posible que estés vivo? ¿Es posible que hayas logrado salir de ese horrible abismo?"

"Espere un momento", dijo él. "¿Estás seguro de que estás realmente en condiciones de hablar? Te he dado un gran susto con mi innecesaria y dramática reaparición".

"Estoy bien, pero en verdad, Holmes, apenas puedo creer lo que ven mis ojos. Cielo santo, pensar que usted, precisamente usted, esté en mi estudio". Volví a agarrarlo por la manga y sentí el brazo delgado y nervudo que había bajo ella. "Bueno, de cualquier manera no eres un espíritu", dije. "Mi querido amigo, estoy muy contento de verte. Siéntate y cuéntame cómo saliste vivo de ese terrible abismo".

Se sentó frente a mí, y encendió un cigarrillo con su vieja e indiferente actitud. Iba vestido con el sórdido abrigo del comerciante de libros, pero el resto de ese individuo yacía en un montón de pelo blanco y libros viejos sobre la mesa. Holmes parecía aún más delgado y agudo que antes, pero había un matiz blanco y muerto en su rostro aguileño que me decía que su vida reciente no había sido saludable.

"Me alegro de poder estirarme, Watson", dijo. "No es ninguna broma que un hombre alto tenga que restar un pie de su estatura durante varias horas. Ahora, mi querido amigo, en el asunto de estas explicaciones, tenemos, si me permite pedir su cooperación, una dura y peligrosa noche de trabajo frente a nosotros. Tal vez sería mejor que le diera cuenta de toda la situación cuando ese trabajo esté terminado".

"Estoy lleno de curiosidad. Preferiría oírlo ahora".

"¿Vendrás conmigo esta noche?"

"Cuando quieras y donde quieras".

"Esto es, en efecto, como los viejos tiempos. Tendremos tiempo de cenar antes de irnos. Bien, entonces, sobre ese abismo. No tuve ninguna dificultad para salir de ella, por la sencilla razón de que nunca estuve en ella."

"¿Nunca estuviste en él?"

"No, Watson, nunca estuve en él. La nota que le envié era absolutamente genuina. Tenía pocas dudas de que había llegado al final de mi carrera cuando percibí la figura algo siniestra del difunto profesor Moriarty de pie en el estrecho camino que conducía a la zona segura. En sus ojos grises leí un propósito inexorable. Así pues, intercambié algunos comentarios con él y obtuve su cortés permiso para escribir la breve nota que usted recibió después. Lo dejé con mi caja de cigarrillos y mi bastón, y caminé por el sendero, con Moriarty aún pisándome los talones. Cuando llegué al final, me puse a tiro. No sacó ningún arma, pero se abalanzó sobre mí y me rodeó con sus largos brazos. Sabía que su propio juego había terminado, y sólo estaba ansioso por vengarse de mí. Nos tambaleamos juntos al borde de la caída. Sin embargo, tengo algunos conocimientos de baritsu, o sistema japonés de lucha, que me han sido muy útiles en más de una ocasión. Me zafé de su agarre, y él, con un grito horrible, pateó locamente durante unos segundos, y arañó el aire con ambas manos. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, no

pudo mantener el equilibrio y cayó. Con mi cara sobre el borde, lo vi caer durante un largo trecho. Luego chocó con una roca, saltó y se precipitó al agua".

Escuché con asombro esta explicación, que Holmes dio entre las caladas de su cigarrillo.

"¡Pero las huellas!" grité. "Vi, con mis propios ojos, que dos bajaron por el sendero y ninguno regresó".

"Se produjo de esta manera. En el momento en que el profesor desapareció, me di cuenta de la extraordinaria suerte que el destino había puesto en mi camino. Supe que Moriarty no era el único hombre que había jurado mi muerte. Había al menos otros tres cuyo deseo de vengarse de mí sólo aumentaría con la muerte de su líder. Todos ellos eran hombres muy peligrosos. Uno u otro me atraparía sin duda. Por otra parte, si todo el mundo se convenciera de que yo estaba muerto, esos hombres se tomarían libertades, no tardarían en descubrirse, y tarde o temprano yo podría destruirlos. Entonces sería el momento de anunciar que sigo en la tierra de los vivos. El cerebro actúa con tanta rapidez que creo que había pensado en todo esto antes de que el profesor Moriarty hubiera llegado al fondo de la catarata de Reichenbach.

"Me levanté y examiné la pared rocosa que había detrás de mí. En su pintoresco relato del asunto, que leí con gran interés algunos meses después, usted afirma que la pared era escarpada. Eso no era literalmente cierto. Se presentaban algunos pequeños puntos de apoyo, y había algunos indicios de una cornisa. El acantilado es tan alto que escalarlo todo era una imposibilidad evidente, y era igualmente imposible abrirme paso por el sendero húmedo sin dejar algunas huellas. Es cierto que podría haber dado marcha atrás con mis botas, como he hecho en ocasiones similares, pero la visión de tres juegos de huellas en una dirección habría sugerido sin duda un engaño. En general, pues, era mejor que me arriesgara a escalar. No fue un asunto agradable, Watson. La caída rugía debajo de mí. No soy una persona fantástica, pero le doy mi palabra de que me pareció oír la voz de Moriarty gritándome desde el abismo. Un error habría sido fatal. Más de una vez, al salir mechones de hierba en mi mano o al resbalar mi pie en las húmedas muecas de la roca, pensé que me mataría. Pero luché hacia arriba, y por fin llegué a un saliente de varios metros de profundidad y cubierto de suave

musgo verde, donde pude tumbarme sin ser visto, en la más perfecta comodidad. Allí me tendí, mientras tú, mi querido Watson, y todos los que te seguían, investigaban de la manera más comprensiva e ineficiente las circunstancias de mi muerte.

"Por fin, cuando todos ustedes se habían formado sus inevitables y totalmente erróneas conclusiones, partieron hacia el hotel, y yo me quedé solo. Había imaginado que había llegado al final de mis aventuras, pero un suceso muy inesperado me demostró que aún me esperaban sorpresas. Una enorme roca, que caía desde arriba, pasó junto a mí, golpeó el camino y saltó a la sima. Por un instante pensé que se trataba de un accidente, pero un momento después, al mirar hacia arriba, vi la cabeza de un hombre contra el cielo que se oscurecía, y otra piedra golpeó la misma cornisa sobre la que yo estaba tendido, a menos de 30 centímetros de mi cabeza. Por supuesto, el significado de esto era obvio. Moriarty no había estado solo. Un confederado -e incluso esa sola mirada me había dicho lo peligroso que era ese confederado- había hecho guardia mientras el Profesor me había atacado. Desde la distancia, sin que yo lo viera, había sido testigo de la muerte de su amigo y de mi huida. Había esperado, y luego, dando la vuelta a la cima del acantilado, se había esforzado por tener éxito donde su camarada había fracasado.

"No tardé en pensar en ello, Watson. Volví a ver ese rostro sombrío mirar por encima del acantilado, y supe que era el precursor de otra piedra. Bajé al sendero. No creo que hubiera podido hacerlo a sangre fría. Era cien veces más difícil que subir. Pero no tuve tiempo de pensar en el peligro, pues otra piedra pasó cantando a mi lado mientras yo colgaba de las manos del borde de la cornisa. A mitad de camino resbalé, pero, por la bendición de Dios, aterricé, desgarrado y sangrando, en el camino. Me puse en marcha, recorrí diez millas por las montañas en la oscuridad, y una semana más tarde me encontré en Florencia, con la certeza de que nadie en el mundo sabía qué había sido de mí.

"Sólo tenía un confidente: mi hermano Mycroft. Te debo muchas disculpas, mi querido Watson, pero era muy importante que se pensara que yo estaba muerto, y es muy seguro que no habrías escrito un relato tan convincente de mi desdichado final si no hubieras pensado tú mismo que era cierto. En los últimos tres años he tomado varias veces la pluma para escribirte, pero siempre he temido que tu afecto por mí te tentara a cometer alguna in-

discreción que revelara mi secreto. Por esa razón me aparté de ti esta tarde cuando alteraste mis libros, pues en ese momento me encontraba en peligro, y cualquier muestra de sorpresa y emoción por tu parte podría haber llamado la atención sobre mi identidad y conducir a los resultados más deplorables e irreparables. En cuanto a Mycroft, tuve que confiar en él para obtener el dinero que necesitaba. El curso de los acontecimientos en Londres no transcurrió tan bien como yo esperaba, pues el juicio de la banda de Moriarty dejó en libertad a dos de sus miembros más peligrosos, mis enemigos más vengativos. Por lo tanto, viajé durante dos años al Tíbet y me entretuve visitando Lhasa y pasando algunos días con el lama principal. Es posible que haya leído sobre las notables exploraciones de un noruego llamado Sigeron, pero estoy seguro de que nunca se le ocurrió que estuviera recibiendo noticias de su amigo. Luego pasé por Persia, me asomé a La Meca y realicé una corta pero interesante visita al Jalifa de Jartum, cuyos resultados he comunicado al Ministerio de Asuntos Exteriores. De regreso a Francia, pasé algunos meses investigando los derivados del alquitrán de hulla, que llevé a cabo en un laboratorio de Montpellier, en el sur de Francia. Una vez concluido esto a mi satisfacción y sabiendo que sólo quedaba uno de mis enemigos en Londres, estaba a punto de regresar cuando mis movimientos se vieron acelerados por la noticia de este extraordinario Misterio de Park Lane, que no sólo me atraía por sus propios méritos, sino que parecía ofrecer algunas oportunidades personales muy peculiares. Vine de inmediato a Londres, me presenté en persona en Baker Street, hice que la señora Hudson cayera en un violento ataque de histeria y descubrí que Mycroft había conservado mis habitaciones y mis papeles exactamente como siempre. Así fue, mi querido Watson, que a las dos de la tarde de hoy me encontré en mi viejo sillón de mi antigua habitación, y sólo deseando haber podido ver a mi viejo amigo Watson en el otro sillón que tantas veces ha adornado".

Tal fue la extraordinaria narración que escuché aquella tarde de abril, una narración que me habría resultado totalmente increíble de no haber sido confirmada por la visión real de la figura alta y sobria y el rostro agudo y ansioso, que nunca había pensado volver a ver. De alguna manera se había enterado de mi triste duelo, y su simpatía se manifestaba en sus modales más que en sus palabras. "El trabajo es el mejor antídoto contra la pena, mi querido Watson", dijo; "y tengo un trabajo para nosotros dos esta noche que, si podemos llevarlo a buen término, justificará por sí mismo la vida de un hombre en este planeta". En vano le rogué que me contara más. "Oirás y

verás lo suficiente antes de la mañana", respondió. "Tenemos tres años del pasado para discutir. Que eso sea suficiente hasta las nueve y media, cuando empecemos la notable aventura de la casa vacía".

Fue realmente como en los viejos tiempos cuando, a esa hora, me encontré sentado a su lado en un carruaje, con mi revólver en el bolsillo y la emoción de la aventura en mi corazón. Holmes estaba frío, severo y silencioso. Cuando el resplandor de las lámparas de la calle se reflejó en sus austeros rasgos, vi que sus cejas estaban fruncidas por el pensamiento y sus finos labios comprimidos. No sabía qué bestia salvaje estábamos a punto de cazar en la oscura jungla del Londres criminal, pero estaba seguro, por el porte de este maestro de la caza, de que la aventura era de lo más grave, mientras que la sonrisa sardónica que de vez en cuando se abría paso a través de su ascética melancolía no presagiaba nada bueno para el objeto de nuestra búsqueda.

Yo pensaba que nos dirigíamos a Baker Street, pero Holmes detuvo el taxi en la esquina de Cavendish Square. Observé que, al bajarse, echaba una mirada escrutadora a derecha e izquierda, y que en cada esquina posterior se esforzaba al máximo por asegurarse de que no le seguían. Nuestra ruta era ciertamente singular. El conocimiento que Holmes tenía de los caminos de Londres era extraordinario, y en esta ocasión pasó rápidamente y con paso seguro a través de una red de callejones y establos cuya existencia yo nunca había conocido. Al final salimos a una pequeña calle, flanqueada por viejas y lúgubres casas, que nos condujo a Manchester Street, y así a Blandford Street. Aquí giró rápidamente por un pasillo estrecho, pasó por una puerta de madera a un patio desierto y luego abrió con una llave la puerta trasera de una casa. Entramos juntos y la cerró tras nosotros.

El lugar estaba muy oscuro, pero era evidente para mí que era una casa vacía. Nuestros pies crujieron y crepitaron sobre el entarimado desnudo, y mi mano extendida tocó una pared de la que colgaba el papel en tiras. Los fríos y finos dedos de Holmes se cerraron en torno a mi muñeca y me hicieron avanzar por un largo pasillo, hasta que vi vagamente la sombría luz del ventilador sobre la puerta. Allí Holmes giró repentinamente a la derecha y nos encontramos en una habitación grande, cuadrada y vacía, muy sombreada en las esquinas, aunque débilmente iluminada en el centro por las luces de la calle. No había ninguna lámpara cerca, y la ventana estaba llena de polvo, de modo que apenas podíamos distinguir las figuras de los demás

dentro. Mi compañero puso su mano sobre mi hombro y sus labios cerca de mi oído.

"¿Sabes dónde estamos?", susurró.

"Seguramente es la calle Baker", respondí, mirando a través de la tenue ventana.

"Exactamente. Estamos en Camden House, que se encuentra frente a nuestros antiguos aposentos".

"¿Pero por qué estamos aquí?"

"Porque tiene una excelente vista de ese pintoresco edificio. ¿Podría molestarle, mi querido Watson, para que se acerque un poco más a la ventana, tomando todas las precauciones para no mostrarse, y luego mire nuestras antiguas habitaciones, el punto de partida de tantos de sus pequeños cuentos de hadas? Veremos si mis tres años de ausencia me han quitado por completo el poder de sorprenderte".

Me acerqué sigilosamente y miré hacia la familiar ventana. Cuando mis ojos se posaron en ella, di un grito de asombro. La persiana estaba bajada y una fuerte luz ardía en la habitación. La sombra de un hombre que estaba sentado en una silla en el interior se proyectaba en un contorno duro y negro sobre la pantalla luminosa de la ventana. No se podía confundir el aplomo de la cabeza, la cuadratura de los hombros, la nitidez de los rasgos. El rostro estaba medio girado, y el efecto era el de una de esas siluetas negras que a nuestros abuelos les gustaba enmarcar. Era una reproducción perfecta de Holmes. Me quedé tan sorprendido que extendí la mano para asegurarme de que el propio hombre estaba a mi lado. Estaba temblando con una risa silenciosa.

"¿Y bien?", dijo.

"¡Cielos!" grité. "Es maravilloso".

"Confío en que el tiempo no marchite ni la costumbre estanque mi infinita imaginación", dijo, y reconocí en su voz la alegría y el orgullo que el artista siente por su propia creación. "Realmente se parece bastante a mí, ¿no es así?"

"Estaría dispuesto a jurar que es usted".

"El mérito de la ejecución se debe a Monsieur Oscar Meunier, de Grenoble, que pasó algunos días haciendo el moldeado. Es un busto en cera. El resto lo arreglé yo mismo durante mi visita a Baker Street esta tarde".

"¿Pero por qué?"

"Porque, mi querido Watson, tenía la mayor razón posible para desear que ciertas personas pensaran que yo estaba allí cuando en realidad estaba en otro lugar".

"¿Y pensabas que las habitaciones estaban vigiladas?"

"Sabía que estaban vigiladas".

"¿Por quién?"

"Por mis viejos enemigos, Watson. Por la encantadora sociedad cuyo líder yace en la Cascada de Reichenbach. Debes recordar que ellos sabían, y sólo ellos sabían, que yo seguía vivo. Tarde o temprano creyeron que debía volver a mis habitaciones. Las vigilaban continuamente, y esta mañana me han visto llegar".

"¿Cómo lo sabes?"

"Porque reconocí a su centinela cuando miré por mi ventana. Es un tipo bastante inofensivo, de nombre Parker, garrotero de oficio y un notable ejecutante del arpa judía. No me importaba nada. Pero me importaba mucho la persona mucho más formidable que estaba detrás de él, el amigo íntimo de Moriarty, el hombre que tiró las piedras por el acantilado, el criminal más astuto y peligroso de Londres. Ése es el hombre que me persigue esta noche, Watson, y ése es el hombre que no sabe que nosotros le perseguimos a él".

Los planes de mi amigo se fueron revelando poco a poco. Desde este conveniente retiro, los vigilantes estaban siendo observados y los rastreadores rastreados. Aquella sombra angulosa de allá arriba era el cebo, y nosotros éramos los cazadores. En silencio, permanecimos juntos en la oscuridad y observamos las apresuradas figuras que pasaban y volvían a pasar frente a nosotros. Holmes permanecía silencioso e inmóvil, pero me di cuenta de que estaba muy alerta y de que sus ojos estaban fijos en la corriente de transeúntes. Era una noche sombría y bulliciosa y el viento silbaba con fuerza por la larga calle. Mucha gente iba de un lado a otro, la mayo-

ría de ellos envueltos en sus abrigos y corbatas. Una o dos veces me pareció haber visto la misma figura antes, y me fijé especialmente en dos hombres que parecían resguardarse del viento en el portal de una casa a cierta distancia de la calle. Intenté llamar la atención de mi compañero sobre ellos, pero éste lanzó una pequeña exclamación de impaciencia y continuó mirando hacia la calle. Más de una vez movió los pies y golpeó rápidamente la pared con los dedos. Me pareció evidente que se estaba inquietando y que sus planes no estaban resultando del todo como esperaba. Por fin, cuando se acercaba la medianoche y la calle se despejaba poco a poco, se paseó de un lado a otro de la habitación con una agitación incontrolable. Estaba a punto de hacerle algún comentario, cuando levanté los ojos hacia la ventana iluminada y volví a experimentar una sorpresa casi tan grande como la anterior. Me agarré al brazo de Holmes y señalé hacia arriba.

"¡La sombra se ha movido!" grité.

Efectivamente, ya no era el perfil, sino la espalda, que estaba vuelta hacia nosotros.

Ciertamente, tres años no habían suavizado las asperezas de su temperamento ni su impaciencia con una inteligencia menos activa que la suya.

"Por supuesto que se ha movido", dijo. "¿Soy tan chapucero, Watson, como para erigir un maniquí evidente y esperar que algunos de los hombres más avisados de Europa se dejen engañar por él? Llevamos dos horas en esta habitación, y la señora Hudson ha hecho algún cambio en esa figura ocho veces, o sea, una vez cada cuarto de hora. Lo hace de frente, para que nunca se vea su sombra. Ah!" Respiró con una inhalación aguda y excitada. En la penumbra vi su cabeza echada hacia delante, toda su actitud rígida por la atención. Fuera, la calle estaba absolutamente desierta. Aquellos dos hombres podrían estar todavía agazapados en la puerta, pero yo ya no podía verlos. Todo estaba quieto y oscuro, salvo aquella brillante pantalla amarilla frente a nosotros con la figura negra perfilada en su centro. De nuevo, en el silencio absoluto, oí aquella nota fina y sibilante que hablaba de una intensa excitación reprimida. Un instante después, me hizo retroceder hasta el rincón más negro de la habitación, y sentí su mano de advertencia sobre mis labios. Los dedos que me aferraban temblaban. Nunca había conocido a mi amigo más conmovido, y sin embargo la oscura calle se extendía solitaria e inmóvil ante nosotros.

Pero de repente me di cuenta de lo que sus sentidos más agudos ya habían distinguido. Un sonido bajo y sigiloso llegó a mis oídos, no desde la dirección de Baker Street, sino desde la parte trasera de la misma casa en la que estábamos ocultos. Una puerta se abrió y se cerró. Un instante después, unos pasos se deslizaron por el pasillo, unos pasos que debían ser silenciosos, pero que resonaron con fuerza en la casa vacía. Holmes se acuclilló contra la pared y yo hice lo mismo, cerrando la mano sobre el mango de mi revólver. Mirando a través de la oscuridad, vi la vaga silueta de un hombre, un tono más negro que la negrura de la puerta abierta. Se detuvo un instante y luego avanzó sigilosamente, agazapado y amenazante, hacia la habitación. Estaba a menos de tres metros de nosotros, esta siniestra figura, y me preparé para enfrentarme a su salto, antes de darme cuenta de que no tenía idea de nuestra presencia. Pasó cerca de nosotros, se acercó a la ventana, y muy suavemente y sin hacer ruido la levantó medio metro. Cuando se hundió hasta el nivel de esta abertura, la luz de la calle, ya no atenuada por el cristal polvoriento, cayó de lleno sobre su rostro. El hombre parecía estar fuera de sí por la emoción. Sus dos ojos brillaban como estrellas y sus facciones se movían convulsivamente. Era un hombre mayor, con una nariz fina y prominente, una frente alta y calva y un enorme bigote canoso. Llevaba un sombrero de ópera en la nuca y una camisa de vestir de noche que brillaba a través de su abrigo abierto. Su rostro era demacrado y moreno, con líneas profundas y salvajes. Llevaba en la mano lo que parecía ser un palo, pero al dejarlo en el suelo emitió un sonido metálico. Luego sacó del bolsillo de su abrigo un objeto voluminoso y se afanó en una tarea que terminó con un fuerte y agudo chasquido, como si un resorte o un cerrojo hubiera caído en su lugar. Todavía arrodillado en el suelo, se inclinó hacia delante y lanzó todo su peso y su fuerza sobre alguna palanca, con el resultado de que se produjo un largo ruido giratorio y chirriante, que terminó una vez más con un potente chasquido. Se enderezó entonces, y vi que lo que tenía en la mano era una especie de pistola, con una culata curiosamente deformada. La abrió por la culata, introdujo algo y cerró el seguro de la culata. Luego, agachado, apoyó el extremo del cañón en el alféizar de la ventana abierta, y vi su largo bigote caer sobre la culata y el brillo de sus ojos al ojear la mira. Oí un pequeño suspiro de satisfacción cuando acurrucó la culata en su hombro; y vi aquel asombroso objetivo, el hombre negro en el suelo amarillento, de pie y despejado al final de su vista. Durante un instante se quedó rígido e inmóvil. Entonces su dedo apretó el gatillo. Hubo un extraño y fuerte

silbido y un largo y plateado tintineo de cristales rotos. En ese momento, Holmes saltó como un tigre sobre la espalda del tirador y lo arrojó de bruces. Se levantó de nuevo en un momento, y con una fuerza convulsiva agarró a Holmes por el cuello, pero yo le golpeé en la cabeza con la culata de mi revólver, y volvió a caer al suelo. Caí sobre él, y mientras lo sujetaba, mi camarada hizo una estridente llamada con un silbato. Se oyó el ruido de unos pies que corrían por la acera, y dos policías de uniforme, con un detective de paisano, se precipitaron por la entrada principal y entraron en la habitación.

"¿Es usted, Lestrade?", dijo Holmes.

"Sí, señor Holmes. Yo mismo acepté el trabajo. Me alegro de verle de vuelta en Londres, señor".

"Creo que quieres un poco de ayuda no oficial. Tres asesinatos no detectados en un año no serán suficientes, Lestrade. Pero manejaste el Misterio de Molesey con menos de lo habitual, es decir, lo manejaste bastante bien".

Todos nos habíamos puesto en pie, nuestro prisionero respiraba con dificultad, con un fornido agente a cada lado. Ya se habían reunido algunos vagabundos en la calle. Holmes se acercó a la ventana, la cerró y bajó las persianas. Lestrade había sacado dos velas y los policías habían destapado sus linternas. Por fin pude ver bien a nuestro prisionero.

Era un rostro tremendamente viril y a la vez siniestro el que estaba vuelto hacia nosotros. Con la frente de un filósofo por arriba y la mandíbula de un sensualista por abajo, el hombre debía partir con grandes capacidades para el bien o para el mal. Pero uno no podía mirar sus crueles ojos azules, con sus párpados caídos y cínicos, o la nariz feroz y agresiva y la frente amenazante y profundamente delineada, sin leer las señales de peligro más claras de la naturaleza. No prestó atención a ninguno de nosotros, sino que sus ojos se fijaron en el rostro de Holmes con una expresión en la que se mezclaban por igual el odio y el asombro. "¡Desgraciado!", siguió murmurando. "¡Maldito astuto!"

"¡Ah, coronel!", dijo Holmes, arreglando su cuello desarreglado. "Los viajes terminan en encuentros de enamorados", como dice la vieja obra. Creo que no he tenido el placer de verle desde que me ayudó con aquellas

atenciones mientras estaba tumbado en la cornisa sobre la cascada de Reichenbach".

El coronel seguía mirando a mi amigo como un hombre en trance. "¡Astuto, astuto demonio!" fue todo lo que pudo decir.

"No le he presentado todavía", dijo Holmes. "Este, señores, es el coronel Sebastian Moran, en su día miembro del ejército indio de Su Majestad, y el mejor tirador de caza pesada que ha producido nuestro Imperio Oriental. Creo que estoy en lo cierto Coronel, ¿al decir que su bolsa de tigres sigue siendo inigualable?"

El feroz anciano no dijo nada, pero siguió mirando fijamente a mi compañero. Con sus ojos salvajes y su bigote erizado era maravillosamente parecido a un tigre.

"Me sorprende que mi sencilla estratagema haya podido engañar a un shikari tan viejo", dijo Holmes. "Debe ser muy familiar para usted. ¿No has atado a un cabrito debajo de un árbol, te has tumbado encima de él con tu rifle y has esperado a que el cebo hiciera aparecer a tu tigre? Esta casa vacía es mi árbol, y tú eres mi tigre. Posiblemente tenías otras armas de reserva por si había varios tigres, o en el improbable caso de que te fallara la puntería. Estas -señaló alrededor- son mis otras armas. El paralelismo es exacto".

El coronel Moran se lanzó hacia adelante con un gruñido de rabia, pero los alguaciles lo arrastraron hacia atrás. La furia en su rostro era terrible de ver.

"Confieso que me ha deparado usted una pequeña sorpresa", dijo Holmes. "No había previsto que usted mismo hiciera uso de esta casa vacía y de esta conveniente ventana delantera. Le había imaginado operando desde la calle, donde le esperaban mi amigo Lestrade y sus alegres hombres. Con esa excepción, todo ha ido como esperaba".

El coronel Moran se volvió hacia el detective oficial.

"Puede que tenga usted o no una causa justa para arrestarme", dijo, "pero al menos no puede haber ninguna razón para que me someta a las burlas de esta persona. Si estoy en manos de la ley, que las cosas se hagan de forma legal".

"Bueno, eso es bastante razonable", dijo Lestrade. "¿No tiene nada más que decir, señor Holmes, antes de que nos vayamos?"

Holmes había recogido la potente pistola de aire comprimido del suelo y estaba examinando su mecanismo.

"Un arma admirable y única -dijo-, silenciosa y de tremenda potencia: conocí a Von Herder, el mecánico alemán ciego, que la construyó por orden del difunto profesor Moriarty. Hace años que conozco su existencia, aunque nunca he tenido la oportunidad de manejarla. La recomiendo especialmente a su atención, Lestrade, así como las balas que le corresponden".

"Puede confiar en que nos ocuparemos de eso, señor Holmes", dijo Lestrade, mientras todo el grupo se dirigía a la puerta. "¿Algo más que decir?"

"Sólo preguntarle qué acusación tiene intención de presentar".

"¿Qué cargo, señor? Por supuesto, el intento de asesinato del señor Sherlock Holmes".

"No es así, Lestrade. No me propongo comparecer en el asunto en absoluto. A usted, y sólo a usted, le corresponde el mérito de la notable detención que ha efectuado. Sí, Lestrade, le felicito. Con su habitual mezcla de astucia y audacia, lo ha atrapado".

"¿Lo he atrapado! ¿A quién, señor Holmes?"

"Al hombre que toda la fuerza ha estado buscando en vano: el coronel Sebastian Moran, que disparó al honorable Ronald Adair con una bala expansiva de una pistola de aire comprimido a través de la ventana abierta de la fachada del segundo piso del número 427 de Park Lane, el día 30 del mes pasado. Esa es la acusación, Lestrade. Y ahora, Watson, si puedes soportar la corriente de aire de una ventana rota, creo que media hora en mi estudio con un cigarro puede proporcionarte alguna distracción provechosa".

Nuestro antiguo despacho había quedado inalterado gracias a la supervisión de Mycroft Holmes y al cuidado inmediato de la señora Hudson. Al entrar vi, es cierto, un orden poco habitual, pero los antiguos puntos de referencia estaban todos en su sitio. Allí estaban el rincón de los químicos y la mesa manchada de ácido y con tapa. Sobre una estantería estaba la hilera de formidables álbumes de recortes y libros de consulta que muchos de nuestros conciudadanos habrían quemado con tanto gusto. Los diagramas, el es-

tuche de violín y el portapipas -incluso la zapatilla persa que contenía el tabaco- se encontraron con mis ojos cuando miré a mi alrededor. Había dos ocupantes de la habitación: una, la señora Hudson, que nos sonrió a ambos cuando entramos, y la otra, el extraño maniquí que había desempeñado un papel tan importante en las aventuras de la noche. Era un modelo de cera de mi amigo, tan admirablemente hecho que era un perfecto facsímil. Estaba sobre una pequeña mesa con pedestal, con una vieja bata de Holmes envuelta en ella, de modo que la ilusión desde la calle era absolutamente perfecta.

"Espero que haya tomado todas las precauciones, señora Hudson", dijo Holmes.

"Me acerqué de rodillas, señor, tal como me dijo".

"Excelente. Llevaste el asunto muy bien. ¿Observó dónde fue la bala?"

"Sí, señor. Me temo que ha estropeado su hermoso busto, pues le atravesó la cabeza y se aplastó en la pared. La recogí de la alfombra. Aquí está".

Holmes me la tendió. "Una bala de revólver suave, como usted percibe, Watson. Hay una genialidad en ello, pues ¿quién esperaría encontrar algo así disparado por una pistola de aire comprimido? Muy bien, señora Hudson. Le agradezco mucho su ayuda. Y ahora, Watson, déjeme verlo en su antiguo asiento una vez más, porque hay varios puntos que me gustaría discutir con usted".

Se había despojado de la sórdida bata, y ahora era el Holmes de antaño con la bata color ratón que tomó de su figura.

"Los nervios del viejo shikari no han perdido su firmeza, ni sus ojos su agudeza", dijo con una carcajada, mientras inspeccionaba la destrozada frente de su busto.

"Tiene una herida en el centro de la nuca y un golpe en el cerebro. Era el mejor tirador de la India, y espero que haya pocos mejores en Londres. ¿Has oído su nombre?"

"No, no lo he oído".

"¡Bueno, bueno, así es la fama! Pero, entonces, si no recuerdo mal, usted no había oído el nombre del profesor James Moriarty, que tenía uno de los grandes cerebros del siglo. Bájeme mi índice de biografías de la estantería".

Pasó las páginas perezosamente, recostándose en su silla y echando grandes nubes de su cigarro.

"Mi colección de M es muy buena", dijo. "El propio Moriarty es suficiente para hacer ilustre cualquier letra, y aquí está Morgan, el envenenador, y Merridew, de abominable memoria, y Mathews, que me dejó sin sentido el canino izquierdo en la sala de espera de Charing Cross, y, por último, aquí está nuestro amigo de esta noche".

Me entregó el libro y leí:

Moran, Sebastian, Coronel. Desempleado. Ex-Pioneros de Bangalore. Nacido en Londres, 1840. Hijo de Sir Augustus Moran, C. B., que fue ministro británico en Persia. Estudió en Eton y Oxford. Sirvió en la campaña de Jowaki, la campaña de Afganistán, Charasiab (despachos), Sherpur y Cabul. Autor de Heavy Game of the Western Himalayas (1881); Three Months in the Jungle (1884). Dirección: Conduit Street. Clubes: El Anglo-Indian, el Tankerville, el Bagatelle Card Club.

En el margen estaba escrito, con la mano precisa de Holmes:

El segundo hombre más peligroso de Londres.

"Esto es asombroso", dije, mientras devolvía el volumen. "La carrera de este hombre es la de un honorable soldado".

"Es cierto", respondió Holmes. "Hasta cierto punto lo hizo bien. Siempre fue un hombre de nervios de acero, y todavía se cuenta en la India la historia de cómo se arrastró por un desagüe tras un tigre devorador de hombres que estaba herido. Hay algunos árboles, Watson, que crecen hasta cierta altura, y luego desarrollan de repente alguna excentricidad antiestética. Lo verás a menudo en los humanos. Tengo la teoría de que el individuo representa en su desarrollo toda la procesión de sus antepasados, y que ese giro repentino hacia el bien o el mal representa alguna fuerte influencia que llegó a la línea de su pedigrí. La persona se convierte, por así decirlo, en el epítome de la historia de su propia familia".

"Seguramente es bastante fantasioso".

"Bueno, no insisto en ello. Cualquiera que sea la causa, el Coronel Moran comenzó a ir mal. Sin ningún escándalo manifiesto, hizo que la India estuviera demasiado caliente para retenerlo. Se retiró, vino a Londres, y de nue-

vo adquirió un mal nombre. Fue entonces cuando le buscó el profesor Moriarty, de quien fue durante un tiempo jefe de personal. Moriarty le proporcionó generosamente mucho dinero, y lo utilizó sólo en uno o dos trabajos de muy alto nivel, que ningún delincuente ordinario podría haber emprendido. Quizá recuerde la muerte de la Sra. Stewart, de Lauder, en 1887. ¿No? Bueno, estoy seguro de que Moran estuvo en el fondo del asunto, pero no se pudo probar nada. Tan hábilmente se ocultó el coronel que, incluso cuando la banda de Moriarty fue desarticulada, no pudimos incriminarlo. ¿Recuerdas que en aquella ocasión, cuando te visité en tus habitaciones, subí las persianas por miedo a las pistolas de aire comprimido? Sin duda, pensaste que era una fantasía. Sabía exactamente lo que hacía, pues conocía la existencia de esta extraordinaria pistola, y sabía también que detrás de ella estaría uno de los mejores tiradores del mundo. Cuando estuvimos en Suiza nos siguió con Moriarty, y sin duda fue él quien me regaló aquellos malvados cinco minutos en el saliente de Reichenbach.

"Puede usted pensar que durante mi estancia en Francia leí los periódicos con cierta atención, al acecho de cualquier posibilidad de pisarle los talones. Mientras estuviera libre en Londres, mi vida no habría valido la pena. Noche y día la sombra hubiera estado sobre mí, y tarde o temprano su oportunidad habría llegado. ¿Qué podía hacer? No podía dispararle a la vista, o yo mismo estaría en el banquillo de los acusados. Era inútil apelar a un magistrado. No pueden intervenir por lo que les parecería una sospecha descabellada. Así que no podía hacer nada. Pero observé las noticias criminales, sabiendo que tarde o temprano lo atraparía. Entonces llegó la muerte de ese Ronald Adair. Mi oportunidad había llegado por fin. Sabiendo lo que sabía, ¿no era indudable que el coronel Moran lo había hecho? Había jugado a las cartas con el muchacho, le había seguido a casa desde el club, le había disparado a través de la ventana abierta. No había ninguna duda. Las balas son suficientes para poner su cabeza en un lazo. Acudí de inmediato. Fui visto por el centinela, que sabía que llamaría la atención del coronel sobre mi presencia. No podía dejar de relacionar mi repentino regreso con su crimen, y alarmarse terriblemente. Estaba seguro de que intentaría quitarme de en medio inmediatamente, y para ello traería su arma asesina. Le dejé una excelente marca en la ventana, y, tras advertir a la policía de que podría ser necesaria -por cierto, Watson, usted detectó su presencia en esa puerta con una precisión infalible-, tomé lo que me pareció un puesto juicioso de ob-

servación, sin imaginar que él elegiría el mismo lugar para su ataque. Ahora, mi querido Watson, ¿queda algo por explicar?"

"Sí", dije yo. "¿No ha aclarado usted cuál era el motivo del coronel Moran para asesinar al honorable Ronald Adair?"

"¡Ah! mi querido Watson, ahí entramos en esos reinos de la conjetura, donde la mente más lógica puede fallar. Cada uno puede formarse su propia hipótesis a partir de las pruebas actuales, y es tan probable que la suya sea correcta como la mía."

"¿Se ha formado una, entonces?"

"Creo que no es difícil explicar los hechos. Se ha demostrado que el coronel Moran y el joven Adair habían ganado, entre ambos, una cantidad considerable de dinero. Ahora bien, Moran indudablemente jugó sucio, de lo que soy consciente desde hace tiempo. Creo que el día del asesinato Adair había descubierto que Moran estaba haciendo trampa. Muy probablemente había hablado con él en privado y le había amenazado con desenmascararlo a menos que renunciara voluntariamente a su membresía en el club y prometiera no volver a jugar a las cartas. Es poco probable que un joven como Adair armara de inmediato un escándalo espantoso al exponer a un hombre bien conocido y mucho mayor que él. Probablemente actuó como sugiero. La exclusión de sus clubes significaría la ruina para Moran, que vivía de sus ganancias ilícitas con las cartas. Por lo tanto, asesinó a Adair, que en ese momento se esforzaba por calcular cuánto dinero debía devolver él mismo, ya que no podía beneficiarse del juego sucio de su socio. Cerró la puerta con llave para que las damas no lo sorprendieran e insistieran en saber qué hacía con esos nombres y monedas. ¿Te parece bien?"

"No me cabe duda de que has dado con la verdad".

"Se verificará o desmentirá en el juicio. Mientras tanto, pase lo que pase, el Coronel Moran no nos molestará más. La famosa escopeta de aire comprimido de Von Herder embellecerá el museo de Scotland Yard, y una vez más el señor Sherlock Holmes podrá dedicar su vida a examinar esos pequeños e interesantes problemas que la compleja vida de Londres presenta tan abundantemente."

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB